

Tesoros

Dirigir un país estresa mucho: Reuniones con los ministros, visitar las tropas, actos públicos donde escucho las quejas de la población... ¡como si fuese mi culpa el hambre y las enfermedades! La verdad, si lo llego a saber no lo hago. Solo me relaja un asado acompañado con vino y una visita a la Sala de Trofeos. Es entrar en ella y todo desaparece. Primero miro mis medallas, que me recuerdan mi ascenso en el escalafón hasta llegar a vicepresidente. Después me postro ante la figura de mi Dios, el que rige mis acciones, y me reafirmo en que el Golpe era necesario. Hay que acabar con los herejes y aunque la resistencia es mayor de la esperada, el ejército mantiene la paz. También tengo fotografías con los líderes mundiales que me apoyan, pocos, pero entienden la amenaza. Por último, mis dos tesoros. El primero, con su mandíbula prominente, dientes intactos, hueso nasal perfectamente conservado y fosas oculares en las que perderse durante horas, es casi perfecto salvo por el agujero de la bala que disparé mientras suplicaba clemencia. Pero mi favorito es el segundo: pequeño, redondo, sin un rasguño y los dientes todavía de leche. Era su hijo, mi sobrino. Otro hereje. Lo bañé en oro. Mi hermana está con el resto de los infieles.

Ya queda menos. Muchos huyeron. Más fácil así. El pueblo lo agradecerá. Dios me acompaña. Todo es por Él. Me protegerá de quienes erróneamente me culpan. Quieren apresarme. Que lo intenten.